

LA RUTA DE LA SEDA

Carmen García-Ormaechea Quero
Profesora de Historia del Arte de Asia Meridional y Oriental
Departamento de Historia del Arte III U.C.M.

El Imperio Han y la Ruta de la Seda

El título de “Ruta de la Seda” fue inventado en el siglo XIX por el barón Ferdinand Von Richthofen (1833-1905), un geógrafo alemán e incansable viajero (Sri Lanka, Java, Japón, Filipinas, California), que visitó varias veces China entre 1868 y 1872. Aunque sus escritos tratan principalmente de geología y economía, los que realizó en China llegaron a constituir una fuente documental de gran interés histórico y cultural. Con el romanticismo de este título se evocan la expectación del viajero, la grandiosidad del paisaje, el recorrido inconmensurable, el bullicio de las caravanas, el peligro ante lo desconocido, el intercambio cultural, el exotismo de las mercancías; en fin, la aventura universal que en la Antigüedad suponía un camino entre los dos extremos del mundo entonces conocido, desde extremo oriente hasta extremo occidente, o más concretamente desde China hasta el Mediterráneo. Así ocurrió durante toda la era cristiana hasta el siglo XVI cuando, tras la época de los descubrimientos, la navegación abrió nuevas vías de comunicación en la Edad Moderna.

Pero los auténticos creadores de la Ruta de la Seda fueron los chinos y su origen tuvo un carácter esencialmente práctico. Desde el siglo III a.C. el imperio Han (206 a.C. - 220) había conseguido la paz con los pueblos limítrofes, e interiormente la estabilidad gracias a un gobierno laico basado en el confucianismo, cuyos funcionarios civiles, los letrados -posteriormente llamados *mandarines* por los portugueses-componían la burocracia más antigua del mundo (cualquier ciudadano chino podía optar a la oposiciones y una vez aprobadas conseguía un cargo vitalicio aunque no hereditario). Una de las principales razones de que la paz y la estabilidad se prolongaran durante más de cuatro siglos fue la solvencia económica que produjo la exportación de seda china y la consiguiente entrada de divisas a través de la Ruta de la Seda.

En torno al año 140 a.C. vivieron los tres protagonistas de esta historia: el emperador Han Wu-dí que ordenó la hazaña, el general Zhang Qian que la realizó, y el historiador Sima Qian que la escribió.

Efectivamente, el emperador estaba intrigado por la excesiva cantidad de piezas de seda que exigían los bárbaros del norte (posiblemente los Xiong-nu o hunos) para mantenerse pacíficos más allá de la Gran Muralla, de manera que envió a su general para que investigara el destino de la seda china. Zhang partió hacia Mongolia con un ejército pero cayó prisionero en manos de aquellos mismos bárbaros a los que vigilaba, y durante su largo cautiverio de diez años pudo enterarse de que los Xiong-nu vendían el excedente de seda china al pueblo centroasiático de los Kushana (que después formaría su propio imperio indio del Gandhara durante los siglos I-II-III), y que a su vez éste lo vendía a otros pueblos iraníes y mesopotámicos que intermediaban con los romanos. El general logró escapar y llegar hasta la corte imperial (en la actual Xian), donde relató todo lo acontecido. Entonces el emperador le colmó de regalos y honores, y le volvió a enviar con un ejército más poderoso para que estableciera las bases de un itinerario capaz de establecer contacto directo con aquel remoto y exótico mundo occidental, que acabaría convirtiéndose en el poderoso imperio romano.

Parece que la primera Ruta de la Seda china se abrió camino por el noroeste atravesando el corredor de Gansu y Hexi hasta los oasis de Dunhuang, para seguir la cuenca del Tarim hasta Kashgar y los valles afganos de Fergana. Desde allí, ya al margen del control chino, los caminos se multiplicaban, bien por el sur hacia India, o por el oeste hacia Alejandría y por el noroeste hacia Roma. A lo largo de los siglos la Ruta de la Seda cambió muchas veces de recorrido y de años, pero su mercancía más preciada siempre fue la seda, que a lo largo de la ruta incluso tuvo un valor monetario; es decir, una pieza de seda equivalía a dinero en efectivo.

Así pues vemos que el valor principal de la seda era el económico, pero no por ello hay que despreciar el romanticismo implícito en ésta y otras mercancías exóticas, que en occidente se convertían en símbolos de poder y lujo, cuya sola posesión aumentaba la fama y el prestigio de su dueño. Y ello no porque cualquier objeto oriental se encareciera tras los riesgos de tan largo viaje sino porque en él residían la fantasía y el misterio. Hay que tener en cuenta que muchas de estas piezas chinas estaban hechas con materiales desconocidos para los occidentales y que su proceso de producción, considerado monopolio estatal y transmitido oralmente de maestro a maestro, era un férreo secreto, cuya revelación a un extranjero podía ser castigada con la muerte. Se puede comprobar en la *Historia Natural*, escrita por Plinio el Viejo en el siglo I, que los romanos creían que la seda era de origen vegetal, y que China era el “país de la seda” y sus habitantes los “seres”.

Éste es el caso de la seda, pero no el único porque el papel, la laca, la imprenta, la porcelana, la pólvora y la brújula son algunos de los inventos chinos fundamentales para la humanidad, y sin embargo la cultura occidental, a pesar de conocerlos y disfrutarlos, tardó mucho en fabricarlos. Como por ejemplo la porcelana, que se fabricaba en China desde el siglo VIII y cuyos antecedentes pueden remontarse incluso hasta este mismo imperio Han, gracias a algunos ejemplares conseguidos por los alfareros chinos ocasionalmente. Pues, a pesar de que en los talleres y fábricas occidentales los artistas y científicos investigaban con sumo interés la porcelana china, y de que los reyes la ansiaban para sus cortes, Europa no consiguió descubrir el secreto y fabricar auténtica porcelana hasta el inicio del siglo XVIII, y aún así su producción era tan cara que la porcelana europea no se pudo comercializar hasta finales del XIX, por lo que la porcelana china se siguió importando masivamente.

Imaginemos además la admiración que en la Antigüedad sintieron por la seda y otros materiales chinos Han, como la laca, las demás civilizaciones y muy especialmente los pueblos nómadas de Asia Central. Las pesadas pieles, las telas toscas, o la toxicidad de los cacharros metálicos no pudieron competir con la ligereza, suavidad, higiene y demás propiedades prácticas de las sedas y las lacas chinas, que lógicamente arrasaron el mercado, de manera superior a como lo han hecho los plásticos y las telas sintéticas en la actualidad. Por eso se entienden los continuos intentos de traer la materia prima a occidente; intentos que en general acabaron en fracaso aunque dieran lugar a extraordinarias aventuras plagadas de riesgos. De hecho no fue hasta los siglos VI-VII cuando los monjes nestorianos, que entre otras cosas actuaban como comerciantes de seda, se establecieron en el Peloponeso consiguiendo la primera producción de seda en occidente. Enseguida los árabes extendieron la sericultura por el Mediterráneo y especialmente por al-Andalus, donde Almería y Córdoba centralizaron la producción de seda durante los siglos IX-X-XI. Después el esplendor de la seda se ubicó en Italia (Palermo, Venecia, Génova y Florencia) y desde el siglo XV en Francia (Montpellier, Lyon y Tours), extendiéndose a continuación por toda Europa. Desde entonces la seda ha jugado un papel fundamental entre las materias, técnicas y evolución del arte textil, y en la indumentaria y moda de todo el mundo.

Origen de la sericultura

Durante el tercer milenio antes de la era cristiana florecieron en China varias civilizaciones neolíticas, las más importantes en torno al Hoang-he o río Amarillo. En la zona continental se encontraba la más antigua (desde 7.000 a.C.), llamada actualmente Yangshao, cuyo yacimiento más famoso es el de Banpo, que se encuentra muy cerca

de Xian (desde 4.800 a.C.). En la zona costera y desarrollándose hacia el sur surgieron otras civilizaciones entre las que cabe destacar Longshan (desde 3.000 a.C.). A pesar de los innumerables hallazgos arqueológicos que documentan el Neolítico chino, la tradición histórica sigue respetando el carácter mitológico de la primera dinastía que gobernó China durante este tercer milenio: la dinastía Xia. Según las crónicas posteriores – como en los *Shi-ji* o *Registros históricos* del mismo Sima Qian – los emperadores Xia fueron los auténticos creadores de la civilización china. Por ejemplo, Huangdi, el “Emperador Amarillo”, además de crear a la humanidad, inventó la medicina, la alfarería (incluido el torno), y la brújula; Fuxi y su mujer Nüwa inventaron el matrimonio, la escritura, la geometría, la música y la pesca; Shennong fue el responsable de la climatología y la agricultura. Y la “Emperatriz de la Seda” fue Silingshi, mujer del “Emperador Amarillo” Huangdi.

Silingshi, observando la formación del capullo del gusano de la morera (*Bómbix mori*) y la posterior transformación del gusano en crisálida, supo apreciar la utilidad del capullo abandonado. Cociendo el capullo logró despegar el filamento y pudo al fin devanarlo – por supuesto con la sempiterna y típica paciencia china – estableciendo de este modo el origen de la sericultura.

A pesar del carácter mítico de la dinastía Xia, el hecho es que algunas piezas arqueológicas documentan esta leyenda, como un fragmento de fieltro de seda (2.800 a.C.), o una escultura del gusano de seda (3.000 a.C.), realizada en jade y de tamaño considerable (20,4 cm.). En esta pieza es muy relevante el hecho de que esté tallada en jade (*lapis nephriticus*), porque es precisamente este material el elegido por los artistas neolíticos para realizar sus objetos rituales. Y aún más, a lo largo de toda su historia - incluso actualmente - China ha consagrado el jade como la piedra por excelencia, tanto desde el punto de vista estético del taoísmo (gracias a su color indefinible, el vetado sugerente, su brillo contenido) como del confucionismo, que le atribuyó cinco virtudes: sabiduría (sonoridad), valor (dureza), amor (brillo), veracidad (translucidez) y justicia (suavidad). No en vano China se proclama artísticamente como “País del Jade”, y si ya en el Neolítico talló en jade un gusano de seda fue porque éste implicaba un valor trascendental: la seda.

Quizá se deba también a la emperatriz Silingshi el constante carácter femenino que en China ha tenido y tiene el proceso de producción de seda, que como veremos enseguida apenas ha cambiado desde su origen. Todavía hoy se dice que son necesarias la suavidad y delicadeza de unas manos femeninas para apreciar la calidad del capullo, devanarlo en madejas, tejer la seda, adornarla y manipularla primorosamente hasta su acabado final. Desde luego en las factorías

de seda actuales son las mujeres las que tratan directamente con la seda y tienen una alta consideración artesanal, especialmente las mujeres mayores y con larga experiencia. También el arte chino tradicional presenta la sericultura como una de las más dignas ocupaciones femeninas, llegando a constituir uno de los temas preferidos por célebres pintores, que lo interpretaron bajo el título de “Damas de la corte trabajando la seda”,

A pesar del evidente origen de la sericultura en el Neolítico chino, el telar y la tela de seda (no en fieltro) parece que no se desarrollaron hasta la Edad del Bronce, pues los primeros restos de hilado y tejido de seda han aparecido en las excavaciones de tumbas y palacios de las dinastías, ya plenamente históricas, Shang (siglos XVIII-XII a.C.) y Zhou (siglos XII-III a.C.). Y para documentar la vestimenta completa habrá que esperar al siglo III a.C. Gracias al asombroso mausoleo de Qin Shi Huang-di o “Primer Soberano Emperador de China”, que murió en el año 210 a.C., sabemos que ya entonces se fabricaban todo tipo de prendas en seda tejida: bufandas, chaquetas, pantalones, abrigos acolchados, botas, etc., como los que visten de forma tan realista las estatuas de su famoso “Ejército de Terracota” en Xian. Pero sin duda fue el inmediato imperio Han el primero que industrializó la sericultura para responder a la gran demanda interior, según demuestran los múltiples hallazgos arqueológicos, y sobre todo para inundar el mercado exterior a través de la Ruta de la Seda.

Símbolo / motivo decorativo /

Desde el punto de vista artístico, uno de los efectos más interesantes de la industrialización de la seda – al igual que de la laca, el otro producto industrializado Han - para su exportación a través de la Ruta de la Seda, fue la conversión del símbolo en motivo decorativo, y éste a continuación en diseño. Ya hemos visto que la dinastía Han consolidó un imperio pacífico, próspero y laico, fundamentado en una política exterior de alianzas, la fluidez de entrada de divisas por la Ruta de la Seda y el orden interno confuciano de carácter civil y totalmente agnóstico. Estos cambios sociopolíticos influyeron lógicamente en la creación artística, que por primera vez en China ofrece unas obras plenas de vitalidad y desenfado, en las que ha desaparecido todo el peso sacro de la Edad del Bronce.

En el arte anterior de las dinastías del bronce Shang y Zhou las superficies decorativas se cubrían hasta tal punto de símbolos cósmicos y telúricos que parecía propio del material de bronce mostrarse como una condensación de símbolos. Sin embargo el arte Han libera sus piezas - de aspecto más utilitario y menos ritual – dinamizando la decoración a base de curvas y roleos sobre fondos

vacíos y neutros, y simplificando los símbolos hasta la esquematización. Los símbolos, en general de carácter agrícola y alusivos a la fertilidad de la tierra, son los de siempre (dragones de agua, pájaros de fuego, tigres de tierra, tortugas de aire, lluvia, sol, etc.), aunque con alguna novedad Han (tallos vegetales y rombos). Pero ahora han perdido su carga sobrenatural y se muestran más cercanos y simpáticos, incluso sonrientes: la desacralización ha convertido el símbolo en mero motivo decorativo. Cuando la producción industrializada de piezas para la exportación alcance su punto álgido, estos motivos perderán su individualidad, repitiéndose incansablemente hasta comportarse como simples componentes de una franja, un friso, un entrelazo, o una retícula decorativa; es decir, de un diseño, en el que el protagonista ya no es el símbolo, ni siquiera el motivo individualizado, que apenas resulta reconocible, sino el ritmo compositivo y la propia estructura decorativa.

Así nos han llegado hasta occidente los diseños chinos, prácticamente iguales a como los creó la dinastía Han, si bien algunos de ellos modificados posteriormente por los persas sasánidas y por el imperio bizantino. Entre los más importantes se encuentran los del dragón-rombo y dragón-pájaro, ambos entrelazados con roleos vegetales o sobre retículas de *lei-wen*, la mal llamada “greca china”, que simboliza la tormenta. Y de forma similar a la de los diseños seguimos practicando las técnicas decorativas chinas de los Han, aunque todavía hoy inconscientemente; tal es el caso de los bordados de cadeneta y de punto de cruz, o de los brocados y adamascados.

En el caso de las técnicas textiles ocurre otro tanto. Desde el siglo VII la dinastía Tang (618-907) – inventora de la imprenta, la porcelana, la pólvora y la brújula, y gran promotora de la Ruta de la Seda – desarrolló las posibilidades del telar estableciendo las principales diferencias en el tacto, el brillo y la caída de la seda, que dependen fundamentalmente del tratamiento del hilo (lisura, grosor y torsión): gasa, tafetán, raso, crespón y shantung (anglicismo de Shandong, provincia nororiental de China, con un notable pasado neolítico, tierra natal de Confucio, y que actualmente continúa teniendo un papel muy importante en el campo de la sericultura).

Aunque pueda parecer sorprendente, no fue su antigüedad ni la aventura de la Ruta de la Seda, no fueron el lujo decorativo, ni el brillo, la ligereza y la suavidad de la seda las que la hicieron famosa. Lo auténticamente admirable de la seda reside en su longitud y resistencia, como veremos a continuación.

Proceso y técnica.

El proceso de la fabricación de la seda apenas ha cambiado desde su origen y sigue siendo fundamentalmente manual, aunque desde el siglo XX se haya desarrollado toda una tecnología de maquinaria eléctrica.

Tras el esmerado cultivo del gusano de la morera, la recolección del capullo de seda se lleva a cabo antes de que la crisálida lo rompa. El primer paso de la manufactura consiste en seleccionar manualmente los capullos según su textura y forma perfecta (que suelen ser equivalentes), su peso (que determina la longitud del filamento), y su color (que puede variar los matices del blanco, del amarillento y del rosado). Una vez seleccionados, los capullos se “cuecen” (en agua a 90° C) para, al margen de matar a la crisálida, eliminar la sericina (segregación pegajosa de escleroproteína que ayuda al gusano a consolidar el capullo) y poder finalmente despegar el filamento (fibroína) ¡El filamento de un solo capullo puede sobrepasar un kilómetro de longitud!

Además de la longitud la otra importante cualidad del filamento es su resistencia, aunque resulte increíble de una simple mirada porque es prácticamente invisible. De hecho, por regla general se utilizan entre cuatro y diez filamentos para formar un hilo de seda. Respecto a su resistencia cabe decir que hasta la aparición de las fibras sintéticas la seda ha sido la tela más fuerte, por lo que - aunque sólo sirva de ejemplo anecdótico - en la Segunda Guerra Mundial los paracaídas se hacían con seda.

El tercer paso es el de la devanadera, gracias a la cual se consiguen unas madejas homogéneas. En la actualidad las devanaderas son mecánicas, pero incluso en la fábrica más moderna todavía hay artesanas especialistas en hacer las madejas a mano. A partir de este momento la seda sufre el mismo proceso que cualquier otra materia textil: tintado, secado, tejido y decorado.

Pero el tejido de seda merece una explicación propia. Porque fue el único hilo de la Antigüedad que, gracias a su resistencia, podía usarse en el telar para constituir la urdimbre, además de la trama. Y porque su longitud permitía tejer unas piezas kilométricas, sin ninguna solución de continuidad. El resultado era y es una tela resistente, larga, ligera, suave, cálida, brillante, reversible... Antiguamente, la reina de las telas entre las piezas cortas, pesadas, ásperas y toscas, que se adornaban sólo por una cara y que nunca lograron destronarla.

Pues, hasta la creación de los excelentes diseños persas sasánidas (224-651), que en sus artes textiles adoptaron enseguida la fabricación china, las sedas Han fueron las únicas que habían conseguido superar los diseños ortogonales del telar, impuestos por el cruce vertical de la urdimbre y horizontal de la trama, recreándose en la curva y el roleo de los diseños ya mencionados. Si a ello añadimos que la combinación de urdimbre y trama permitía decoraciones reversibles entenderemos aún mejor el éxito del tejido de seda.

Al margen de la decoración tejida, de los brocados y bordados, de los tintes y estampados, la seda puede variar visiblemente en el brillo, la caída y el tacto de la tela. Depende del tratamiento del hilo, sea de su lisura, su grosor o su torsión. Así el shantung responde al tratamiento del “hilo crudo” (también conocido como “seda salvaje”), que se caracteriza por sus nudos e irregularidades. Al contrario, el raso o satén (anglicismo) presenta una superficie densa, lisa y brillante porque el hilo es grueso y continuo; como el tafetán que, aunque con menos cuerpo porque el hilo es fino, ofrece una tela tupida de tejido prieto a base de retorcer el hilo. Otro caso es el crespón, especie de gasa pesada en la que el hilo de la urdimbre está más retorcido que el de la trama, por lo que resulta un tejido muy contraído y de aspecto mate, debido a la dispersión de la luz.

Y desde luego es la gasa, con su hilo finísimo y su tejido sutil, la que mejor evoca el indefinible atractivo del filamento de seda, el extraordinario material con el que el *Bómbix mori* se rodea dentro del capullo completando su metamorfosis a la espera de su renacimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- A.V: *El imperio chino*. Siglo XXI (Historia Universal), Madrid, 1978
- A.V: *The Cambridge History of China*. University Press, Cambridge, 1986
- A.V: *Sérinde, Terre de Bouddha*. Réunion des Musées Nationaux, Paris, 1976
- A.V: *Possessing the Past*. National Palace Museum, Taipei, 1996
- A.V: *Asia, ruta de las estepas*. Fundación “la Caixa”, Madrid, 2001
- AUBOYER, J: *La Route de la Soie*. Réunion des Musées Nationaux, Paris, 1976
- BAI, Shouyi: *Breve Historia de China*. Lenguas Extranjeras, Pekín, 1984
- BARICCO, A: *Seta*. Rizzoli (novela), Milano, 1996
- BEURDELEY, C: *Sur le Route de la Soie*. Office du Livre, Fribourg, 1985
- BOULNOIS, L: *La Ruta de la Seda*. Orbis, Barcelona, 1986
- CERVERA, I: *Arte y cultura en China*. Serbal (De la A a la Z), Barcelona, 1997
- COTTERELL, A: *La gran tumba imperial de China*. Planeta, Barcelona, 1982
- COTTERELL, A: *La civilización china clásica*. Aymá, Barcelona, 1981
- DREGE, J.P: *La Ruta de la Seda*. Anaya, Madrid, 1989
- GANS-RUEDIN, E: *Beaute du tapis d’Orient*. Office du Livre, Fribourg, 1983
- GAO, Hanyu y RIBOUD, Krishna: *Soieries de Chine*. Nathan, Paris, 1987
- HUTT, J: *Understanding far eastern art*. Phaidon, Oxford, 1987
- HUXLEY, F: *El dragón*. Debate, Madrid, 1989
- IRWIN, J. y BRETER, K: *Origins of chintz*. Victoria-Albert Museum, London, 1980
- KERR, R: *Chinese art design*. The Overlook Press, New York, 1991
- LEWIS, E: *La novelesca historia de los tejidos*. Aguilar, Madrid, 1978
- NEEDHAM, J: *De la Ciencia y de la tecnología chinas*. Siglo XXI, Madrid, 1978
- RAWSON, J: *Chinese ornaments*. British Museum, London, 1984
- SCARPARI, M: *Antigua China. Historia, cultura y arte*. Óptima, Barcelona, 2001

UHLIG, H: *La Ruta de la Seda*. Serbal (Libros del buen andar), Barcelona, 1994

WATSON, W: *Art of Dynastic China*. Harry N. Abrams, New York, 1981

WILLETTS, W: *Chinese Art*. Thames and Hudson, London, 1965

YOUNG, Yangchung: *The art of oriental embroidery*. Bell & Hyman, London, 1980

ZANG, Wenbin: *Gems of China's cultural relics*. Publishing House, Shanghai, 1997

ZHOU, Xun y GAO, Chunng: *Le costume chinois*. Office du livre, Fribourg, 1985